

La realidad es otra

José Maestro

PERSONAJES

(Por orden de aparición.)

DOS ANCIANOS

CONCHA MÉNDEZ

LUIS CERNUDA

ENFERMERA

VICENTE ALEIXANDRE

STANLEY RICHARDSON

IÑAKI (José Sobrino)

AMPARO BIDÓN

BERNARDO CERNUDA

RAFAEL MARTÍNEZ NADAL

ROSA CHACEL

JOVEN

INTROITO

Dos ancianos; uno con bastón, anda con dificultad; otro leyendo el periódico.

HOMBRE 1.- ¡Qué bien me viene para la pierna pasear!

HOMBRE 2.- Es muy saludable. Todos los médicos lo recomiendan, especialmente con estos cambios de clima.

HOMBRE 1.- Llevamos un mes de noviembre frío, propicio para los achaques.

HOMBRE 2.- (Leyendo el periódico.) La verdad es que leer los periódicos se está poniendo aburridísimo, solamente desgracias, crímenes, tragedias; ¡ah, mi querido amigo, el mundo está loco!

HOMBRE 1.- Deja de leer, yo sólo hojeo la sección de deportes y la de cultura. Por cierto, ¿hay algo interesante?

HOMBRE 2.- (Hojeando.) Cultura, cultura..., aquí, ya la tengo. **(Dobla el periódico.)** Nada, lo de siempre, un estreno teatral, cine, presentación de un libro...

HOMBRE 1.- Lo de siempre.

HOMBRE 2.- (Leyendo.) Muere en México el poeta Luis Cernuda. **(Pensando.)** Luis Cernuda.

HOMBRE 1.- ¿Lo conoces?, no me suena.

HOMBRE 2.- No debe de ser importante, la esquila es muy pequeña.

HOMBRE 1.- Seguro que es uno de esos escritores exiliados; **(Con desdén.)** además, poeta.

HOMBRE 2.- No conozco al articulista.

HOMBRE 1.- ¿Cómo se llama?, será un amigo. Lo de siempre.

HOMBRE 2.- (Leyendo.) Joaquín Romero Murube, director del Alcázar de Sevilla.

HOMBRE 1.- ¿Ves?, **(Tono despreciativo.)** un amigo, ya lo digo yo, lo de siempre, y si no, lee el artículo, y todo será elogios.

HOMBRE 2.- (Se dispone a leer.) Muere en México, lejos de su patria, el poeta sevillano Luis Cernuda, el 5 de noviembre de 1963. Con el tiempo, él mismo se dio cuenta cuán juntos estuvieron el hombre que sufre y el poeta que escribe. Concibió la poesía como una actitud ante la vida, una forma de permanencia, un estado en el que se funden voz y palabra, aliento y verso, de modo que todo se mezcla para engendrar la esencia de hombre-poeta. Si tuviera que dar una definición certera que englobara el valor y la fuerza de este escritor a quien siempre le estuvo impelido el reconocimiento, no sería otra que la inadaptación y la rebeldía ante la realidad empírica, y la

frustración de ver insatisfecho casi siempre su deseo. Luis, los pocos amigos que te quedan deseamos que disfrutes ahora de los momentos de dicha y de paz, que tan pocos tuviste en vida.

HOMBRE 1.- Sí, debían de ser amigos, parece que le conocía bien. ¡Ay, esta pierna sigue doliéndome!

HOMBRE 2.- Deberías ir al médico. (**Dobla el periódico y lo guarda bajo la axila.**) Ya no leo más, para leer lo de siempre.

HOMBRE 1.- Sí señor, lo de siempre, lo de siempre. (**Se retiran.**)

(Oscuro.)

ESCENA I

Casa de CONCHA MÉNDEZ. Salón en el que habitualmente LUIS CERNUDA y ella pasaban ratos de confesión y acercamiento.

Sentados; la cabeza de CERNUDA sobre el pecho de CONCHA; esta le pasa los brazos por delante.

CONCHA.- Hemos llegado hasta aquí. Otros no llegan tan lejos ni realizan la mitad de lo que hemos hecho.

CERNUDA.- Eso no debe servirnos. Hay conductas que me parecen vergonzosas. ¿Tú crees que eso es lo que realmente importa?

CONCHA.- ¿A qué te refieres?

CERNUDA.- Que si importa realizar, hacer, actuar... Eso es una manera más de rellenar una vida, de ocupar el tiempo, pero eso no es lo importante.

CONCHA.- Y, ¿qué es lo importante?

CERNUDA.- Lo importante es ser feliz. Lo importante es llenarse de vida, reírse de todo hasta de uno mismo, poner buena cara al día que empieza y saber disfrutar de cada hora de vida.

CONCHA.- ¿Eso te lo has aplicado a ti mismo?

CERNUDA.- En parte sí. He deseado estar ahogado de vida, pero no siempre he podido. He deseado sonreír, pero no siempre mi rostro respondía. He deseado ser feliz, pero no siempre lo he conseguido.

CONCHA.- ¿No siempre? Luis, te conozco, siempre has deseado ser feliz, pero, ¿cuándo has sido?

CERNUDA.- En momentos, momentos tan fugaces que pasaron...

CONCHA.- Pasaron como el viento, te rozaron levemente y tú abrías el pecho para que se te quedaran en tus pulmones y para que corriesen por tus venas, pero se iban, todos se iban, y tú te quedabas esperando otros.

CERNUDA.- Esperaba y buscaba.

CONCHA.- Es igual. Lo que interesa no es si buscas o esperas, sino cómo.

CERNUDA.- ¡Cómo!

CONCHA.- Como se espera o se busca. Por eso, tú habrás deseado, pero nunca habrás podido ser feliz.

CERNUDA.- Cállate.

CONCHA.- ¿Por qué, Luis? Tú lo sabes, estás escuchando en voz alta lo que toda la vida te has dicho en voz baja.

CERNUDA.- Sí, pero no quiero escucharlo ahora.

CONCHA.- Sólo quería...

CERNUDA.- ¡Qué querías!, que te escuchara decir que no he sido feliz porque no he sabido. Es terrible darse cuenta de ello. **(Le abraza.)**

CONCHA.- Me alegro de que te hayas quedado aquí conmigo; esta es tu casa para todo el tiempo que quieras.

CERNUDA.- Gracias Concha.

CONCHA.- El sol de México te animará. No te sentirás extraño, toma esta tierra como lugar de residencia, estoy segura de que te gustará.

CERNUDA.- Cuando vine la primera vez hace unos años, me alegró volver a oír castellano por las calles, a ver hermosas playas con radiante sol..., me recordó mis años juveniles.

CONCHA.- Lo pasaste bien de pequeño, siempre hablas con nostalgia de aquella época.

CERNUDA.- Bueno, la infancia siempre es algo muy especial; es tal vez la época que deja mejor sabor de boca, vives en un casi constante estado de gracia, de alegría, o al menos eso es lo que se recuerda de mayor.

CONCHA.- Nos trae el paraíso perdido, el juego, la diversión, las risas...

CERNUDA.- Es lo maravilloso que tiene ser joven, las risas, la inocencia, la pureza...

CONCHA.- Cuando eres joven, no eres consciente. Con los años, cuando ya lo hemos perdido, nos fijamos en ello. **(Pausa.)** ¿Ya le has olvidado?

CERNUDA.- Olvidar es imposible, sólo es posible ocultarlo. A veces, todavía me viene su recuerdo...

CONCHA.- Hace poco tiempo todavía; cualquier cosa nos puede hacer recordar a alguien del pasado. Seguro que terminas olvidándole, aunque tú pienses que no.

CERNUDA.- No creo. Además, no estoy seguro de que quiera olvidarle. Si borrásemos el pasado, seríamos más inconsistentes y no más felices. No reniego de mi pasado, «ni echo de menos un destino más fácil». Es bueno traer a veces las imágenes del pasado, es bueno...

(Oscuro.)

ESCENA II

En casa de VICENTE ALEIXANDRE. En estado de convalecencia, un libro sobre su pecho, está dormido.

CERNUDA.- No, no se preocupe, ya voy yo.

ENFERMERA.- Tenga cuidado, no esté mucho tiempo con él. Está todavía muy débil, necesita mucho reposo.

CERNUDA.- Psch, calle, no le despierte, quiero darle una sorpresa.

ENFERMERA.- Bueno, pero no le fatigue.

CERNUDA.- No, silencio; vaya, vaya a sus quehaceres, no se preocupe, estaré a su lado hasta que se despierte.

(ALEIXANDRE **va despertándose al oír las voces.**)

ALEIXANDRE.- ¿Qué hay, qué ocurre, qui... quién es?

CERNUDA.- Tranquilo, no pasa nada.

ALEIXANDRE.- (Viéndolo, **intenta levantarse.**) ¡Luis, cómo por aquí!

CERNUDA.- No, no te levantes, descansa, que si no tu enfermera me mata.

ALEIXANDRE.- (De pie.) Luis. (Se abrazan.)

CERNUDA.- Mi querido amigo. ¿Cómo estás, qué tal te recuperas?

ALEIXANDRE.- (Se sienta.) Ya me ves, muy lentamente. Estoy pegado a este sofá, es mi sombra. Me siento ya parte de él. Desde que me levanto, hasta que me acuesto, estoy aquí, todo el día, hasta ya hablo con él.

CERNUDA.- Y, ¿qué te contesta?

ALEIXANDRE.- Encima ríete.

CERNUDA.- Tienes que aceptarlo, es así. Será durante un tiempo, y luego podrás salir a la calle.

ALEIXANDRE.- Tengo tantas ganas de poder valerme por mí mismo. Echo de menos mis paseos por el parque, ver vida, sentir la gente cerca, notar el aire en el rostro...

CERNUDA.- Dentro de poco lo harás, iremos a pasear juntos. Mientras tanto, debes tomártelo con calma y, sobre todo, necesitas mucho descanso.

ALEIXANDRE.- Si es lo único que hago, descansar. Además, la enfermera no me permite otra cosa, me vigila a todas horas, llega a agobiarme. Tan sólo veo la calle para ir a las revisiones del hospital.

CERNUDA.- ¿Vas periódicamente?

ALEIXANDRE.- Cada diez o quince días. El médico considera muy importante llevar un exhaustivo control durante los meses siguientes a la operación.

CERNUDA.- Claro. **(Con entusiasmo, para animarle.)** Y, ¿qué estás escribiendo ahora?

ALEIXANDRE.- Nada, prácticamente nada. No tengo fuerzas todavía, tampoco leo apenas.

CERNUDA.- Según vaya pasando el tiempo irás reponiendo las fuerzas, y tendrás ánimo de escribir. Además, estarás pasando por la resaca del éxito, se te han juntado ambas circunstancias, es normal que estés en una baja etapa productiva.

ALEIXANDRE.- Sí, desde *La destrucción o el amor* apenas he compuesto nada.

CERNUDA.- Muchas gracias por el envío. Llevaba una dedicatoria preciosa, nada más recibirlo me puse ansiosamente a leerlo. ¿Sabes algo de una posible publicación?

ALEIXANDRE.- Nada, por ahora nada. Algo me han comentado en la editorial Signo, pero no es seguro.

CERNUDA.- ¡Qué me vas a contar sobre los problemas de publicación! Desde *Perfil del aire* no he conseguido editar un libro, tan sólo pequeñas publicaciones en la *Revista de Occidente* y poco más. Un escritor necesita publicar; yo me sentí más seguro cuando publiqué por primera vez unos poemas en la revista universitaria.

ALEIXANDRE.- Es la condena del escritor, compone arte durante largas horas de trabajo, de aislamiento, de reencuentro consigo mismo para convertirlo en un intento de comunicación...

CERNUDA.- Y sin embargo, a veces, no se consigue lo que se pretende, no se establece la comunicación y queda rota la finalidad del arte. Pero de todas formas hay que seguir escribiendo; desde que descubrí la poesía, se ha convertido en una vocación; durante un tiempo fue duro, pero ahora asumo mi esencia de poeta.

ALEIXANDRE.- Es curioso cómo afectan las circunstancias al ser humano, cómo ciertos hitos, ciertos momentos son, sin saberlo previamente, claves para el futuro de una persona.

CERNUDA.- Cuando ocurren no somos conscientes de ello, es el tiempo luego el que nos lo confirma.

ALEIXANDRE.- Recuerdo cómo contacté por primera vez con la poesía, era el verano de 1917, tenía entonces... 19 años; estaba en Las Navas del Marqués, allí conocí a Dámaso Alonso; entonces él me recitaba versos y me hablaba de poesía, ¡con qué ilusión leí el libro que me prestó!

CERNUDA.- ¿Qué leíste?

ALEIXANDRE.- Era una antología de Rubén Darío. Encontré que la poesía tenía algo mágico, sentí que se apoderaba de mí, que quedaba filtrada en mis entrañas.

CERNUDA.- Muy parecida impresión tuve yo; en una tarde de paseo, durante el servicio militar, noté que todo era diferente, que lo que veía era nuevo para mí, que lo veía con diferentes ojos, que se abría un nuevo mundo, ahí me di cuenta de esa magia de la que hablas.

ALEIXANDRE.- ¿Pero habrías leído algo antes?

CERNUDA.- Sí, al primero que leí fue a Bécquer, tenía sólo nueve años, fue un libro que me regalaron mis primas. Luego seguí leyendo otros autores... pero a escribir no empecé hasta el 4º curso de bachillerato; Antonio López, mi profesor de retórica, me animó a ello.

ALEIXANDRE.- Al principio sientes vergüenza de escribir poesía.

CERNUDA.- De escribir no, te sientes muy feliz, te sientes útil, dichoso contigo mismo, pero sí que sientes pudor de decírselo a los demás, pero a la vez, curiosamente, estás

deseando gritarlo a los cuatro vientos, que todo el mundo se entere que pretendes ser escritor, que haces tus primeros pinitos, y lo más importante que todos se enteren que tienes alma de poeta. Así que, tu situación es envidiable a pesar de tu enfermedad.

ALEIXANDRE.- La tuberculosis renal, al menos, en este aspecto, me ha marcado positivamente, necesito mucho reposo, y tengo mucho tiempo disponible para contemplar la vida desde mi retiro en compañía de grandes maestros como Antonio Machado, J. R. Jiménez, Lorca. **(Señala el libro que tiene entre sus manos.)** Porque, ¿te imaginas, yo de profesor en la escuela de Comercio?

(Se ríen.)

CERNUDA.- Pues así hubiese sido; cosas del destino, amigo Vicente.

ALEIXANDRE.- ¡Qué versos has escrito, qué fuerza tienen! **(Buscando entre los papeles de la mesa.)** Sé que están por aquí, pero entre tanto papel. ¿No te preocupa la futura acogida?

CERNUDA.- En absoluto. No quiero callar más, no tengo por qué, mucho tiempo lo he mantenido con miedo, pero ya no, que se enteren todos que no es viable la intransigencia, que ya basta de preceptos, de muros, de falsos valores...

ALEIXANDRE.- Sí, pero sabes del peso de los estamentos, de las conductas sociales...

CERNUDA.- Ya está bien de barreras a mi poesía, que pongan barreras a mi conducta si así se lo exigen sus mentes retrógradas y conservadoras. Unas mentes autoritarias porque no admiten otra idea que no sea la suya, pero a mi poesía basta de cercenarla.

ALEIXANDRE.- ¿Pretendes convertirte en la voz del pueblo?

CERNUDA.- No, en la voz del pueblo, no. No pretendo abanderar ninguna causa, ni crear prosélitos, sólo quiero que se me escuche, pero sobre todo que se me respete; por eso, con ese libro, proclamo, a pesar de que moleste a algunos castos oídos, que es imposible la existencia de un amor ideal, que lo que me mueve es el placer, el deseo del cuerpo.

ALEIXANDRE.- Pero tú mismo dices que el deseo corrompe, que deja un vacío cuando desaparece.

CERNUDA.- El deseo existe y hay que satisfacerlo, porque el deseo nos puede acercar al amor, y eso es lo que más quiero, amar, quiero entregarme, quiero vivir en y por otra persona, porque «libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío», tú me entiendes estoy seguro, si no, no podrías haber escrito «quiero amor o la muerte, quiero morir del todo, quiero ser tú, tu sangre»

ALEIXANDRE.- Sí, sí, Luis, te entiendo, y comparto tu pasión, tu entrega, el amante tiene que dejar de existir para ser unión en la llama amorosa de otro cuerpo, porque «la soledad destella en el mundo sin amor. La vida es una vívida corteza, una rugosa piel inmóvil».

CERNUDA.- Al fin y al cabo qué diferencia hay entre *La destrucción o el amor* y *Los placeres prohibidos*, ambos emergen de una fuerza vital, arrolladora, y eso es lo necesario, sentir, sentirse vivo.

ALEIXANDRE.- Pero, ¿hasta qué punto es verdad, hasta qué punto realmente buscas los brazos de los amantes, sus besos y no sólo lo sueñas, lo imaginas?

CERNUDA.- ¿Eso importa? Lo que debe quedar es la poesía; es verdad que espero un amor verdadero, una luz, un prodigio que borre la niebla de mi vida, y mientras tanto grita mi espíritu, grita mi voz para no ser mera sombra en el devenir del tiempo.

ALEIXANDRE.- Sin amor, ¿qué somos? Al menos tenemos que guardar una esperanza, si hoy no es real, mañana al volver la esquina podemos toparnos de cara con los labios ansiados.

CERNUDA.- Los labios desprenden flores con aroma que se graban en las comisuras de otros labios, hablan por besos, que es lo más puro que sueltan las alas del amor.

ALEIXANDRE.- La pasión convierte «por virtud del fuego a una piedra en un hombre».

CERNUDA.- (Alzando la voz.) «Porque algún día yo seré todas las cosas que amo: el aire, el agua, las plantas, el adolescente.»

(Entra la enfermera al oír voces.)

ENFERMERA.- ¿Qué sucede?, ¿qué están haciendo?

ALEIXANDRE.- Tranquilícese. A mi amigo le ha visitado la concupiscencia poética.

ENFERMERA.- ¿Cómo?, no le entiendo... Bueno, sea lo que sea, le ruego señor (**Dirigiéndose a LUIS.**) que tenga en cuenta la debilidad del...

CERNUDA.- Perdón, no se preocupe, no volverá a ocurrir.

ENFERMERA.- Así lo espero. Además es la hora de tomar la pastilla. (**Le da una pastilla y un vaso de agua.**)

ALEIXANDRE.- (**Enfadado.**) Una pastilla antes de comer, otra después, otra antes de dormir... estoy harto de pastillas.

ENFERMERA.- Venga, venga, la misma queja de todos los días, parece usted un niño.

ALEIXANDRE.- Ahora por favor, déjenos, quiero seguir hablando con mi amigo antes de que la pastilla me dé sueño.

ENFERMERA.- (**Yéndose.**) Por favor, no le canse más.

CERNUDA.- Quizás debería irme, no es momento...

ALEIXANDRE.- Sí, es momento, olvídate de esa bruja, y cuéntame más, hacía ya tiempo que no nos veíamos. ¿Sigues trabajando en la librería?

CERNUDA.- Desde que vine de Toulouse, ahí estoy. Gano poco, pero al menos me posibilita seguir viviendo. Aunque siento que necesito un cambio, llevo bastante tiempo en Madrid y haciendo lo mismo. (**Un silencio.**) Me han ofrecido que participe con Las Misiones Pedagógicas, y creo que voy a hacerlo.

ALEIXANDRE.- ¿Sirven de algo esas Misiones o es un parche más de la política cultural de este país?

CERNUDA.- No lo sé, es posible que tengas razón, pero siento la necesidad de dedicarme a la difusión de la cultura. Llegar a pueblos casi olvidados de la mano de Dios, a capitales de provincia sin infraestructura educativa; me ilusiona colaborar, en mi pequeña medida, con la expansión de la poesía, de la educación, del teatro.

ALEIXANDRE.- Decías que no querías ser voz del pueblo.

CERNUDA.- Eso no es ser voz del pueblo; quiero ofrecerles la mejor arma que tiene el hombre, la cultura, sin ninguna intención de manipularles, sólo pretendo ser un puente de acceso, una vía de transmisión.

ALEIXANDRE.- Es un objetivo muy loable, pero pienso que el profesor debe colaborar con la educación desde su estrado en la clase, el actor desde el escenario, el político con un buen programa electoral y el escritor, el poeta, como tú, con sus poesías.

CERNUDA.- A veces la cultura nace muerta en los libros, y hay que llevársela a la gente delante de los ojos, ponérsela en la cara, y que la mire, que se pare a observarla...

ALEIXANDRE.- ¿Y qué?

CERNUDA.- ¡Cómo y qué! Veo que opinas igual que los otros.

ALEIXANDRE.- ¿Qué otros?

CERNUDA.- Que Salinas, que Guillén, que Dámaso Alonso, consiguen un puesto de profesor y no ven más allá de las paredes del aula.

ALEIXANDRE.- No es así Luis. Ellos se entregan al duro trabajo del estudio, de la investigación y de la escritura, es su manera de cooperar con la difusión de la cultura.

CERNUDA.- Pero yo te hablo de llevar la cultura a la calle, sacarla de los sagrados templos inaccesibles para mucha gente por desgracia. Te hablo de una democratización de la cultura como Federico ha hecho con su compañía al recorrer España representando a los clásicos.

ALEIXANDRE.- En el fondo admiro vuestra labor, pero dentro de unos años te darás cuenta de que los objetivos conseguidos así son como pequeñas gotas comparados con una buena infraestructura nacional educativa. Tu impulso instintivo, tu inquietud innata ahora se desbordan por ahí, tal vez sea por tu resentimiento a la mala acogida de tus obras.

CERNUDA.- ¿Qué quieres decir, que hago esto para sentirme útil?

ALEIXANDRE.- Es una reacción muy lógica. Es satisfactorio ver resultados, si no los obtienes en el otro campo, es posible que te guíe una inercia de realizar otras actividades más palpables.

CERNUDA.- Bien sabes que el trabajo solitario del escritor no debe redundar en sí mismo, una vez finalizado debe convertirse en portador de unos sentimientos, debe darse al prójimo para tomar sentido de comunicación.

ALEIXANDRE.- En efecto, Luis, y el que no consigas ese objetivo por ahora no es culpa tuya, hay tantas circunstancias que determinan. Por eso, es bueno que salgan con brío tus energías y las viertas en esta nueva tarea que te propones.

CERNUDA.- (**Admitiéndolo.**) Es posible que junto a un sentimiento democratizador, resida el buscado reconocimiento que no he conseguido con los libros. Tengo cuatro libros de poemas y tan sólo me han publicado el primero y gracias a la iniciativa de Pedro Salinas y de mi amigo Altolaguirre.

ALEIXANDRE.- Ya llegará tu momento...

CERNUDA.- No me consueles, dime también que debo seguir escribiendo, y que no dé importancia al reconocimiento. No, Vicente, ya lo sé, lo que puedas decirme yo ya lo conozco. (**Un poco pensativo.**) Mira hay dos tipos de escritores, los que escriben para un público ya hecho, estos tienen la ventaja de que escriben para un gusto ya formado, y los que escriben para un público y un gusto inexistentes que deben ir formándose, a estos pertenezco yo. Presiento que así será el resto de mi vida.

ALEIXANDRE.- Eso puede cambiar, ¿acaso hay algo prefijado para que guste, y lo sepas de antemano?

CERNUDA.- Sabes que sí, si no prefijado, sí marcado.

ALEIXANDRE.- Lucha por lo que tú quieras, y olvídate de lo que pueda o no pueda pasar.

CERNUDA.- Cultivo aquello que me censuran, porque eso soy yo.

ALEIXANDRE.- Eso quedará siempre de ti.

CERNUDA.- En cierto modo te lo debo.

(**Sorprendido ALEIXANDRE.**)

CERNUDA.- Sí, a ti y a otros grandes maestros del surrealismo. El curso que estuve en Toulouse me sirvió para acercarme a los grandes poetas surrealistas franceses: Breton,

Aragon, Eluard, Crevel... No sólo me enseñaron un nuevo concepto de poesía, sino que aprendí de ellos algo más importante, el sentimiento de rebeldía, de inconformismo, de osadía ante el medio que me rodea, de crítica y malestar, de querer innovar, de romper ataduras, de gritar aunque no se me quiera escuchar.

ALEIXANDRE.- No creo que yo deba merecer el honor de hacerme promotor de tus ideas.

CERNUDA.- Tal vez no en el radicalismo que me embarga, pero sí te considero uno de los pioneros de la poesía surrealista española.

ALEIXANDRE.- Gracias por tan digno homenaje, pero no. El surrealismo es un gran movimiento de vanguardia que como tantos otros nace fuera de las fronteras de este país. ¿Podemos los españoles apropiarnos de algo que no nos pertenece, y que tan sólo nos toca de refilón?

CERNUDA.- Pero hay que reconocer que nos ha servido para expresar lo esencial que hay en nosotros, para poder salir de las limitaciones y laberintos de las formas estróficas tradicionales y de la rima.

ALEIXANDRE.- Sí, y sólo por eso ya es importante.

CERNUDA.- ¡Cómo sólo por eso! Eso lo es todo, es el nacimiento de un nuevo ser, de un ente con iniciativa propia, de una nueva poesía y lo más importante de un nuevo poeta.

ALEIXANDRE.- No pierdas nunca esas fuerzas, Luis. Son admirables...

CERNUDA.- Admirables, pero agotadoras. Estas fuerzas son bestias que llevo dentro, que a veces no puedo, ni sé controlar, y me provocan grandes tormentos.

ALEIXANDRE.- Con los años sabrás dominarlas, y si no, vibrarás el resto de tu vida, de tal manera que crearás alzararte por el cielo, y hundirte en profundas crisis de angustia y dolor.

CERNUDA.- No me conformo con mirar el agua fresca o el sol de la mañana, quiero más y a veces no sé ni lo que quiero.

ALEIXANDRE.- Eres poeta, poeta inconformista, y, ¿qué quiere el poeta? Quiere más, siempre quiere más, quiere hasta alcanzar la plenitud.

CERNUDA.- (Pensativo.) La plenitud... y, ¿qué es eso? ¿Ves?, queremos alcanzar algo que no existe. **(Coge el libro que leía ALEIXANDRE.)** Lorca, nuestro amigo Lorca...

ALEIXANDRE.- Él también es un loco que desea lo inalcanzable.

CERNUDA.- Lo es, un grandísimo loco, un grandísimo poeta. ¿Qué hace ahora?

ALEIXANDRE.- Continúa en Sudamérica, parece que tiene éxito su teatro. Las últimas noticias le sitúan en Buenos Aires.

CERNUDA.- Qué pocos amigos conserva un hombre durante su vida, amigos de verdad. Hay que rodearse de buenos amigos, Vicente. **(Recordando.)** «¿Por qué te vas tan lejos de la plazuela? ¡Voy en busca de magos y de princesas!, ¿quién te enseñó el camino de los poetas? La fuente y el arroyo de la canción añeja.»

ALEIXANDRE.- ¡Qué lirismo tiene Federico! **(Se encuentra cada vez más pesado, con sopor.)** Estas pastillas son terribles, no me dejan pensar, me cuesta mantener abiertos los ojos, me dejan sin fuerzas.

CERNUDA.- Duerme, Vicente, lo necesitas. Vendré otro día a visitarte.

ALEIXANDRE.- Hazlo; no dejes que pase tanto tiempo sin que nos veamos. Quiero tener noticias tuyas.

CERNUDA.- Así lo haré. Y tú, deja que te cuiden, descansa que ya te irás recuperando.

ALEIXANDRE.- (No puede mantener los ojos abiertos.) No puedo hacer otra cosa. Lucha, Luis, lucha siempre.

CERNUDA.- (Asiente con la cabeza. Detrás de él.) Adiós, Vicente, adiós.

ALEIXANDRE.- Adiós... Luis.

(Oscuro.)

ESCENA III

En una habitación de una pensión, en Valencia.

RICHARDSON.- La situación se agrava, se está haciendo insostenible. ¿Qué piensas hacer, no te quedarás con los brazos cruzados?

CERNUDA.- Y ¿qué quieres que haga? No es bastante con abandonar Madrid, me pides más.

RICHARDSON.- Yo no te pido más, Luis. Es por tu bien. Tu vida puede correr peligro. Seguro que estás en las listas como lo están otros muchos. No debéis quedaros aquí.

CERNUDA.- Estás demasiado nervioso. La situación no es tan grave.

RICHARDSON.- ¡Que no es tan grave! Tú, estás loco, muchacho. Las tropas nacionales llegarán pronto a la parte este, es cuestión de días que tomen Valencia. Irán cayendo todas las sedes a su paso. El gobierno republicano no puede aguantar mucho más.

CERNUDA.- Y ¿qué propones?, ¿qué quieres que haga?

RICHARDSON.- Vete. Márchate. No esperes más.

CERNUDA.- Sabes que eso no quiero hacerlo.

RICHARDSON.- Pero va tu vida en ello.

CERNUDA.- No quiero huir. No es por abandonar este país, que poco le debo, sino porque me obligan a irme. Es repugnante.

RICHARDSON.- No van a perdonar. Las guerras arrasan, son un estado de locura que se superpone al principio de la razón. En la guerra vale todo, es el exterminio, es la supervivencia; ¡no comprendes que vas a morir, que van a acabar contigo! (**Pausa, se enoja.**) Es ridículo, pero es así, el hombre es un ridículo violento capaz de matar a su prójimo por un pedazo de tierra, o por la exasperada fe en unos ideales.

CERNUDA.- En estos casos me avergüenzo de ser hombre. Existen tantas ocasiones para sentir vergüenza. El humano es un ser (**Riéndose, tono de burla.**) que tiene a flor de piel los instintos más animales.

RICHARDSON.- Somos y seguiremos siendo prehistóricos. Sólo hemos avanzado en las distintas maneras de elegir la muerte.

CERNUDA.- (**Sarcástico.**) Elija usted su propia muerte, tenemos un espléndido folleto con fotos incluidas, una gran variedad, atrévase y sorprenderá a su vecino, muerte a la antigua usanza: a espada, a flechas, a sable; para los de altos ideales les ofrecemos el atractivo duelo de pistolas; si no le complace estas poco refinadas formas, no se preocupe, tenemos muertes a la última moda: con rifle, con metralleta, o la gran novedad, a bombazos, con la que no se sentirá solo, porque morir está bien, pero sentirse solo no, no, no... con la bomba usted no se sentirá solo, habrá decenas de personas que mueran con usted, y, ¿hay algo más maravilloso que una muerte en comunión con su insoportable vecino o su dilecto amigo?

RICHARDSON.- Luis, esto no es para tomárselo a risa.

CERNUDA.- ¿Y cómo quieres que me lo tome? Me estás diciendo que o me voy o que acabarán conmigo, que no puedo decidir porque otros ya lo han hecho por mí con la persuasión de las armas. Ah, se me olvidaba, (**Vuelve el sarcasmo.**) y para los cobardes disponemos de diversos suicidios: venenos múltiples que no sentirán dolor, cuchillas bien afiladas, precipicios y viaductos de notable altura. Como ven, es para que estén contentos.

RICHARDSON.- Luis, deja de comportarte como un niño, ya está bien.

CERNUDA.- ¿Como un niño? ¡Ojalá fuera un niño! Quiero ser un niño, no conocer el mundo de los adultos, alejarme de él, un mundo sin sentido, en el que todo parece que está al revés, un mundo que me da asco y al que hay que pertenecer obligadamente como obligadamente hay que ser hombre.

RICHARDSON.- Como quieras, pero debes abandonar España. Te he conseguido un pasaporte gestionado por el gobierno de Barcelona, para que vayas a Inglaterra como corresponsal de guerra. (**Saca el pasaporte.**)

CERNUDA.- ¡Como corresponsal de guerra! Qué ironías tiene la vida. Abandono mi país a causa de una guerra, y la misma guerra me proporciona la posibilidad de escape.

RICHARDSON.- Al principio, vivirás en mi casa de Londres, hasta que consigas dinero y te sitúes; luego, te establecerás por tu cuenta. Verás como no es tan duro.

CERNUDA.- Y, ¿cuándo sería?

RICHARDSON.- Cuanto antes mejor. Deberíamos irnos pasado mañana.

CERNUDA.- ¿Dos días?... Debo hacer las maletas y despedirme de unos cuantos amigos que están aquí, en Valencia.

RICHARDSON.- Claro, claro; en dos días te da tiempo a todo. Enseguida te acostumbrarás. Te estoy buscando unas conferencias para impartir, que versen sobre la situación de España; el tiempo se te hará más corto.

CERNUDA.- Conferencias sobre la guerra.

RICHARDSON.- Es la justificación de tu salida de España. Una vez allí, entrarás en contacto con el mundo cultural inglés. Es posible que puedas impartir clases de literatura y encontrar un ambiente propicio.

CERNUDA.- Fácil lo pintas. Espero que sea así.

RICHARDSON.- Pues claro, estoy seguro de que te gustará mi país. Te parecerá algo frío acostumbrado al maravilloso sol de España, pero en cuanto te aclimates al tiempo y al idioma, te encontrarás bien. Además, será para poco tiempo, como mucho dos meses.

CERNUDA.- Marcharme de España, ahora que por fin había conseguido publicar mis libros.

RICHARDSON.- Lo intentaremos allí. Nos moveremos, si no es en Londres, iremos a Cambridge, o a Oxford, donde sea. Hablaremos con Bergamín por si tiene alguna idea sobre el futuro de *La Realidad y el Deseo*.

CERNUDA.- Es muy pronto para que se consiga publicar en el extranjero. Habrá que trabajar y esperar como lo he hecho en España. Diez años he tardado en publicar mi obra. Diez años desde *Perfil del aire*, diez años.

RICHARDSON.- No desesperes antes de tiempo.

CERNUDA.- No es desesperación, es la frustración que llevo agazapada.

RICHARDSON.- Pero un escritor debe saber vivir con eso, debe entregarse a su trabajo, sin vacilar si es leído o no.

CERNUDA.- Bonita teoría. Los escritores no somos de hierro, yo escribo para soportarme, para soportar mi existencia, pero te mentiría si te dijese que no me importa no publicar. Y ahora que empiezo a ser reconocido, debo marcharme. ¡Qué duro es a veces el destino!

RICHARDSON.- Cuanto más duro más gloria tendrás, más alto ascenderás cuando la historia te reconozca. Date tiempo, sólo tienes que esperar.

CERNUDA.- Esperar no es fácil. Esperar es dolor, y ya demasiado dolor siente un escritor cuando escribe con el alma.

RICHARDSON.- Pero el artista es sufrimiento, el artista es pasión, o, ¿no? Eso lo he aprendido de ti.

CERNUDA.- Tengo momentos de debilidad, de tal angustia que parece que se me sale el corazón por la boca, y que me va a estallar la cabeza.

RICHARDSON.- Son momentos de cansancio, todos los tenemos. Te sometes, a veces, a estados de mucha presión. Creo que no lo puedes evitar, no sé si te lo propones, pero no puedes evitarlo.

CERNUDA.- No puedo evitar, ¿qué?

RICHARDSON.- Sufrir.

CERNUDA.- No puedo permanecer impasible, dejar de reaccionar ante el medio que me rodea, ante este asqueroso mundo burgués, sustentado en falsos cimientos, en falsas creencias que se han mantenido por el peso de la costumbre; y no puedo callar mi pluma, debo dejarle que se restriegue por el fango si quiere, como lo hizo Baudelaire, que se abrió sus entrañas, que bebió de la vida y se la bebió a grandes tragos, «no puedo apenas imaginar un tipo de Belleza sin la presencia de la Desdicha»; todo un poeta de fondo.

RICHARDSON.- En el que el poeta destruyó al hombre. Un hombre atormentado, regodeándose en placeres tortuosos.

CERNUDA.- Un hombre que desnudó su corazón, eso lo convirtió en poeta; y no podía ser de otra manera que descarnarse en frías noches y estar envuelto en tinieblas para mirar cara a cara a lo más demoníaco que llevamos dentro.

RICHARDSON.- Y, ¿tú quieres seguir sus pasos?

CERNUDA.- Yo sigo los míos, que no sé dónde me llevan, no lo sé; pero, sí estoy de acuerdo con él cuando dijo: «sin pan, podréis vivir tres días; pero sin poesía, nunca». Sin poesía, nunca, Richardson, nunca.

RICHARDSON.- ¿De verdad, crees eso? ¿Crees que no se puede vivir sin poesía? Eres más ingenuo de lo que pensaba. No, mi querido amigo, no te engañes.

CERNUDA.- No basta con no pasar hambre y frío, eso no basta. El ser humano tiene otras necesidades.

RICHARDSON.- ¿Otras necesidades? Mentira. ¿Quién lee poesía?, (**Golpe de risa.**) ¿quién escribe poesía? Cualquiera puede vivir sin la poesía.

CERNUDA.- Cualquiera no. Quien ha descubierto el camino que conduce a la Belleza, raro es que pueda vivir sin querer alcanzarlo, y quien no lo ha descubierto, sentirá a veces que carece de algo que no sabe explicar, se sentirá perdido sin saber la causa...

RICHARDSON.- ¿Y con ese qué hacemos? (**Enérgico.**) ¿Lo tiramos, lo apartamos?, ¡qué pocos son los que llegan a lo que te refieres!

CERNUDA.- Educación, sólo educación. Hay que iluminar el camino, hay que llevar de la mano hasta el umbral.

RICHARDSON.- Bien sabes que la educación no es suficiente.

CERNUDA.- Porque no se educa para llegar a tocar la Belleza, sólo se enseña que existe y que algunos privilegiados la han tocado. La sensibilidad es prenda de todos, sólo hay que despertarla.

RICHARDSON.- Muy bien, despertémosla. Despertemos la sensibilidad de todo el mundo, ¿a ver qué ocurre?

CERNUDA.- No ocurriría nada. No se trata de que ocurra algo. No entiendes. Se trata de enseñar que cada uno se enriquezca a sí mismo.

RICHARDSON.- ¿A sí mismo? Seremos más egoístas.

CERNUDA.- Si uno se enriquece, podrá aportar más, si no, ¿qué se tiene para aportar? Nada, absolutamente nada de valor.

RICHARDSON.- No tienes solución, Luis. Aquí te dejo el pasaporte. Haz lo que creas conveniente. Que sepas que en Londres tienes una casa donde alojarte. Adiós, Luis.

(Oscuro.)

ESCENA IV

Chico en silla de ruedas. Sala de hospital. Ciudad de Southampton.

IÑAKI.- Gracias por venir un día más. Cuando tengas que irte y ya no puedas volver, te echaré de menos.

CERNUDA.- No pienses en eso. Disfrutemos de estos momentos que pasamos juntos.

IÑAKI.- Me cuesta hacerme a la idea de poder perderte.

CERNUDA.- Y a mí, Iñaki, yo también te echaré de menos. (Silencio, cambiando de conversación.) ¿Has dado hoy el paseo? Hace un día estupendo, brilla el sol...

IÑAKI.- Luis... (Afligido, deseando descubrir un secreto.)

CERNUDA.- Dime, (No queriendo darse cuenta.) ya sé, me vas a decir que no has salido porque has estado leyendo el libro que te traje.

IÑAKI.- (No queriendo desengañarle. Duda.) Sí, así ha sido.

CERNUDA.- Pues has hecho mal. No es muy corriente en Inglaterra poder disfrutar de días tan soleados como los que estamos teniendo. Debes aprovecharlos, y no estar encerrado aquí tanto tiempo. Debes salir fuera y estirar las piernas.

IÑAKI.- Ojalá pudiese.

CERNUDA.- Ya estamos. No quiero oírtelo decir más veces, para salir de una enfermedad hay que poner voluntad.

IÑAKI.- Estás ciego, Luis. Estás ciego o no quieres verlo. Durante este mes que llevas viniendo, he ido empeorando cada día, cada vez estoy más pálido, van desapareciendo las ganas de comer y me voy debilitando.

CERNUDA.- No, Iñaki, es sólo una recaída. Te falta voluntad. **(Yendo hacia él e intentando levantarlo de la silla.)** Vamos, yo te ayudo; saldremos a pasear juntos, **(No puede ponerse de pie.)** venga, venga, un esfuerzo más y lo conseguimos, venga...

IÑAKI.- **(Cae de golpe en la silla; enfadado y hastiado.)** Ya está bien, déjame. Ya no volveré a andar, las piernas no me sostienen. **(Parece desmayarse.)**

CERNUDA.- Iñaki, ¿qué te ocurre? ¿Llamo al médico?

IÑAKI.- **(Respirando mal.)** No, no, ya se pasa. Se me ha ido la cabeza, ya me encuentro mejor.

CERNUDA.- **(Le abraza estando él sentado.)** Perdóname, pero es que no quiero aceptarlo.

IÑAKI.- Se agrava la enfermedad a cada momento. Todas las noches cierro los ojos pensando si mañana seguiré vivo, si volveré a ver la luz, y así estoy hasta que consigo dormirme de puro agotamiento. No hay solución, Luis.

CERNUDA.- Debemos tener esperanzas.

IÑAKI.- ¿Esperanzas? Tengo la sangre podrida, el cáncer me va consumiendo, ¿qué esperanzas quieres que tenga! **(Desesperado, saltándosele las lágrimas.)**

(CERNUDA va a hablar y no le sale nada.)

Lo siento, lo siento. No debí hablarte así. **(Le tiende la mano.)**

(CERNUDA no dice nada, le coge la mano.)

(Disimulando alegría para romper la tensión.) A ver, ¿qué me has traído hoy? ¿Algo de lo último?

CERNUDA.- Nunca se te pasa.

IÑAKI.- Es de los pocos momentos en los que me olvido del dolor.

CERNUDA.- (**Sacando unas hojas dobladas del bolsillo.**)
No sé si ya está acabado, posiblemente sí, dentro de unos días lo sabré, cuando el tiempo juzgue.

IÑAKI.- ¿De qué va?

CERNUDA.- Son recuerdos, he plasmado recuerdos.

IÑAKI.- Casi siempre se plasman recuerdos.

CERNUDA.- Me refiero a recuerdos de hace bastante tiempo, a los recuerdos de mi infancia. Me sorprende que hayan venido con tanta claridad. Debe de ser esta tierra, el frío, este clima al que no consigo adaptarme., (**Como ido.**) y tú, tal vez tú, me has recordado mi infancia en Sevilla, y todo lo que dejé al irme de España.

IÑAKI.- Lo que dejamos. Fue mucho lo que dejamos. Yo dejé a mis padres. Antes de que acabase la guerra, me trajeron aquí con muchos otros chicos vascos huérfanos, y desde entonces no he vuelto a pisar mi país, ni creo que lo pise más.

CERNUDA.- No hables así, no te martirices...

IÑAKI.- Te lo digo honestamente. Sigue pensando, si quieres, que no voy a morir, pero...

CERNUDA.- Dejémoslo. Toma, (**Le da el poema.**) léelo.

IÑAKI.- Prefiero que me lo leas tú, si no te importa. Me agrada tu voz, además estoy un poco cansado. ¿Le has puesto título?

CERNUDA.- (**Asintiendo con la cabeza.**) « La familia ».

«Era a la cabecera el padre adusto,
la madre caprichosa estaba en frente,
con la hermana mayor imposible y desdichada,
y la menor más dulce, quizá no más dichosa...
Presidían mudos, graves, la penumbra,
ojos que no miraban los ojos de los otros...
Suya no fue la culpa si te hicieron
en un rato de olvido indiferente,

repitiendo tan solo un gesto transmitido
por otros y copiado sin una urgencia propia...
Te dieron todo, sí: vida que no pedías,
y con ella la muerte de dura compañera...
Oh padre taciturno que no le conociste,
oh madre melancólica que no le comprendiste...
Perdón y paz os traiga a ti y a ellos».

IÑAKI.- Al final, unas palabras de complacencia.

CERNUDA.- Ahora ya no les guardo rencor, se ha desvanecido; sólo siento indiferencia.

IÑAKI.- ¿Y eso no es peor?

CERNUDA.- Posiblemente. Ser indiferente al recuerdo de unos padres es lamentable, pero lo prefiero a seguir cargando con el resentimiento.

IÑAKI.- ¿Viven aún?

CERNUDA.- No, murieron antes de que yo saliera de España. Este poema es el último tributo, mi último acercamiento...

IÑAKI.- Pero, ¿por qué?

CERNUDA.- Hubo siempre mucha distancia. Vivíamos en la misma casa pero pertenecíamos a dos mundos diferentes, me costaba compartir tiempo con ellos, pocas cosas teníamos en común...

(Se pasa a escena de padres. Padre leyendo el periódico, vestido de coronel de ingenieros. Interrumpe la madre.)

AMPARO.- Ya está otra vez en el patio, en el rincón de siempre, se pasa horas ahí sentado.

BERNARDO.- Qué vamos a hacer. A él le gusta, ya lo hemos hablado en otras ocasiones.

AMPARO.- Pero ya empieza a ser preocupante, permanece mucho tiempo solo, debería salir más, tener más amigos, y no estar constantemente leyendo.

BERNARDO.- Disfruta leyendo.

AMPARO.- Pero lee en exceso para su temprana edad. Nada es bueno si se abusa; deberías hablar con él.

BERNARDO.- Ya lo he hecho.

AMPARO.- Pues lo haces otra vez. Este chico me preocupa, es tan diferente a sus dos hermanas.

BERNARDO.- Ay, Amparo, cada uno tenemos nuestro carácter, y cada uno disfruta como desea. Es lógico.

AMPARO.- Sí, Bernardo, pero Luis no tiene trato apenas con ninguno de nosotros, casi no nos habla, es distante, parece un extraño.

BERNARDO.- Peor es ir detrás de él. Sabes que ha habido épocas que le hemos observado constantemente, parecíamos espías, y, ¿qué hemos conseguido? Nada, absolutamente nada.

AMPARO.- Pero no podemos rendirnos.

BERNARDO.- ¿Quién se rinde? (**Enfadado.**) Me harto ya de estar siempre pensando en Luis. Luis para acá, Luis para allá, dónde está Luis, mira que cara tiene hoy, los ojos humedecidos de haber llorado... Ya tiene edad suficiente para darse cuenta de que su comportamiento molesta a los demás, de que no vive solo.

AMPARO.- ¿Catorce años es edad suficiente?

BERNARDO.- Yo a su edad ya sabía lo que quería, y lo que debía hacer y lo que no. Así que, si no lo sabe, que lo aprenda.

AMPARO.- Ya estamos; no te enfades, no te alteres...

BERNARDO.- Amparo, es que siempre es lo mismo. Creo que me he acercado muchas veces a él, he intentado saber lo que piensa, saber si le ocurre algo.

AMPARO.- ¿Realmente crees que nos hemos acercado?, ¿que hemos llegado a él? No, no hemos hablado el mismo lenguaje.

BERNARDO.- ¿Y qué lenguaje es ese? Tal vez sea el de ir frente a él y quedarnos mirando fijamente a los ojos, y así con la mirada hablemos, porque él, claro, no soltará palabra.

AMPARO.- No te pongas irónico, así no se soluciona nada.

BERNARDO.- ¡Y cómo quieres que me ponga!

AMPARO.- No lo sé, Bernardo, no lo sé. Tal vez lleves razón, si es de esta manera hay que aceptarlo, ya cambiará.

BERNARDO.- Cambiará y si no, qué vamos a hacer. Es su vida. (**Pensando, despectivo y enfadado.**) Aunque es posible que tengas razón al decir que no nos hemos entendido. Sí, sí, es posible, pero cualquiera entiende a nuestro hijo, siempre solo, leyendo, y además leyendo poesía, sin acercarse casi nunca a nadie.

AMPARO.- Bueno, me anima pensar que eso es lo que él quiere realmente, y no son las circunstancias las que le llevan a...

BERNARDO.- Claro, mujer, (**Tono tranquilizador.**) él conoce más cosas; él ha elegido.

AMPARO.- Espero que así sea y no estemos confundidos.

(Se pasa a la escena de CERNUDA con IÑAKI.)

CERNUDA.- Teníamos tan poco que compartir juntos. Recuerdo a mi padre sentado en el sofá, con su periódico abierto, distante, sin apenas dirigirnos la palabra a mí y a mis hermanas, con su aire altanero, recto, ejerciendo autoridad, bastaba una mirada suya para que nos pusiéramos a temblar.

IÑAKI.- ¿Y tu madre?

CERNUDA.- Ella comunicaba más afecto. Intentaba suavizar las situaciones, actuaba de juez de paz, de voz conciliadora, hasta que mi padre no soportaba más el juego, así lo tomaba él, y ponía fin con una voz seca y tajante: ya basta de salir en defensa de tu hijo, le vas a hacer un marica. Todavía la recuerdo, la llevo grabada en mis oídos, como llevo fija en mi frente su terrible mirada.

IÑAKI.- ¿Habitualmente no hablabais?

CERNUDA.- Si por hablar entiendes cruzarse los saludos o unas cuantas palabras sobre alguna nimiedad, sí hablábamos. (**Tajante.**) No, todos los intentos fueron vanos.

IÑAKI.- ¿Qué tal con tus hermanas?, ¿no tenías relación tampoco con ellas?

CERNUDA.- No la que se debería esperar entre hermanos. Amparo y Ana siempre iban juntas desde que ponían los pies en el suelo. Dormían en la misma habitación, tenían las mismas amigas...

IÑAKI.- ¿Envidia? Todo esto me suena a celos.

CERNUDA.- No, envidia no tenía. Pasamos algunos ratos maravillosos los tres; algunas tardes, a la caída del sol, nos sentábamos al lado de la ventana y contábamos historias de miedo.

IÑAKI.- Me encantan. Hay algunas intrigantes, que te entran hasta escalofríos. ¿Os las inventabais o las leíais?

CERNUDA.- De todo. Según las ganas y lo despierta que estuviese ese día la imaginación. Ana tenía preferencia por los cuentos de Poe...

IÑAKI.- A mí también me gustan. Recuerdo *El pozo y el péndulo* y *El retrato oval*.

CERNUDA.- Los de terror, ¿eh? Una noche pasamos verdadero pánico, Ana nos contó el titulado *La Máscara de la Muerte Roja*, ¡qué miedo!, pero, ¡qué bien lo pasamos!

IÑAKI.- Cuéntamelo.

CERNUDA.- Eres muy mayor. Ya no te dará miedo.

IÑAKI.- No importa. Me gusta cómo me cuentas historias. Venga, no seas perezoso.

CERNUDA.- Está bien.

«Llevaba largo tiempo la peste asolando el país, todo era tragedia, devastación y ruina. La sangre era su encarnación y su sello. Los apestados, que aumentaban en número de forma escalofriante, mostraban generalizados indicios: manchas escarlatas, dolores irresistibles, vértigo, rostro lívido; su muerte se producía en media hora.

Sin embargo, a pesar de esto, el príncipe Próspero era feliz, vivió apartado de la peste. Cuando esta empezó a desolar sus campos, se encerró, junto a mil caballeros y damas de la corte, en la abadía, perfectamente fortificada, se aprovisionó de todo lo necesario y se rodeó de placeres, músicos, bailarines... La abadía tenía siete salones, uno de cada color, iluminados por ígneos braseros, cuyos rayos a través de los cristales teñidos del mismo color del salón iluminaban brillantemente cada estancia.

Un día, el príncipe Próspero celebró un baile de máscaras. La orquesta estaba en el salón negro con cristales rojos. Frente a la orquesta, había un reloj de ébano que cada hora resonaba tremendamente su péndulo. Todos se estaban divirtiendo como se esperaba, hasta que a medianoche se produjo un terrible tañido del reloj; todos se paralizaron y la orquesta se calló. Al fondo, apareció una figura con mortaja y una máscara en su rostro; era una imagen alta, muy delgada, aparentemente nada extraña para un baile de máscaras, pero, sin embargo, irradiaba una tensión que enmudecía a los asistentes y les causaba pánico. Todos, asustados, se pegaron a las paredes, sólo reaccionó el Príncipe que fue corriendo hacia la máscara con un cuchillo en mano; cuando estaba a pocos metros de ella con la mano levantada, se paró en seco, tiró el cuchillo al suelo, y él se tambaleó hasta que cayó muerto en la alfombra. Los que habían presenciado la escena se precipitaron sobre la figura para detenerla, pero esta se desvanecía entre las manos de los asistentes, porque no tenía forma tangible; en ese momento, se dieron cuenta de que era la Muerte Roja, que había venido como un ladrón en la noche para llevarse la vida de cada uno de ellos. Todos los salones se llenaron de sangre, las llamas de los braseros expiraron, la vida del reloj de ébano se apagó con la del último de aquellos seres, y las tinieblas y la oscuridad dominaron toda la abadía. Había pasado por ella la Máscara de la Muerte Roja.

IÑAKI.- Me has puesto los pelos de punta. **(Se toca los brazos, sintiendo escalofríos.)**

CERNUDA.- Cuando finalizábamos de contar historias, había ocasiones que no podíamos dormir y nos acostábamos juntos. Mis hermanas se sabían muchísimas, y nunca se cansaban de contarlas. Yo, sin embargo, prefería las historias mitológicas. En la biblioteca de mi padre se guardaban varios libros de mitología, me maravillaban, bueno, y me siguen maravillando las explicaciones que dieron los griegos a los hechos de la naturaleza y a ciertos comportamientos humanos.

IÑAKI.- Desgraciadamente no he leído nada de ellos. **(Breve pausa.)** Oye, Luis, ¿Amparo y Ana se parecían a ti?

CERNUDA.- No, que va. Tenían más cosas en común con mis padres. Hablaban mucho con mi madre, me imagino que es normal entre madres e hijas. Con frecuencia, paseaban los cuatro por los jardines del Alcázar.

IÑAKI.- ¿Tú no ibas con ellos?

CERNUDA.- Yo prefería pasear solo. Recorría todos los días el mismo trayecto y echaba a volar mis sueños, hablaba con los sauces, con los pájaros, que aunque no te lo creas, me escuchaban, porque me seguían, y piaban dándome una respuesta. Caminaba hasta llegar al estanque, cerca de la pradera, me sentaba al borde del agua, y el viento me traía los sonos de Mozart. Las notas que esa misma tarde había escuchado en casa.

IÑAKI.- Entonces, era culpa tuya no compartir más con tus hermanas.

CERNUDA.- Ni mía, ni de ellas. No se trata de tener la culpa. Y te aseguro que la diferencia de edad no era obstáculo, nos separaban las aficiones...

IÑAKI.- Y que tú eres un solitario. Te gusta más el silencio que las palabras que nada dicen.

CERNUDA.- No me gusta la soledad. ¿A qué humano crees que puede gustarle la soledad, si no es a un eremita, a un místico? Incluso este no está solo, siente bien cercana la presencia de Dios. Me gusta estar solo cuando sinceramente lo deseo; hay muchas ocasiones que lo estoy, sin desearlo.

IÑAKI.- Tú tienes la culpa de ello. Toma otra actitud ante los demás. Acércate, sé más sociable, o, ¿crees que todos disfrutamos en presencia de los demás?

CERNUDA.- ¡Por qué estar en presencia de ajenos sin estar en conciencia con ellos! Mala es la soledad, pero peor es sentirla en presencia de gente.

IÑAKI.- Todos los hombres llevamos marcado nuestro destino en la frente, un trayecto oscuro que vamos iluminando con nuestra propia vida; un fin que desconocemos, pero que está delante de nuestros ojos, un fin que a veces llega muy pronto, excesivamente pronto.

CERNUDA.- Tal vez sea así, y si no, puede ser, al menos, buena fantasía, buena literatura pensar que somos nuestro propio destino y tener el valor de asumirlo.

IÑAKI.- Por tanto, no desprecies tu destino.

CERNUDA.- No lo desprecio. No añoro un destino más fácil, aunque a veces tenga la sensación de que me derrumbo, y de que me ahogo en mi propio llanto.

IÑAKI.- Tienes alma de poeta, un poeta no contempla la realidad como aparentemente es. Un poeta sufre, un poeta se entrega, un poeta no se mantiene al margen.

CERNUDA.- Iñaki, ¿realmente piensas eso?

IÑAKI.- Creo que puede ser verdad.

CERNUDA.- Me encanta venir a visitarte, encuentro en ti más poesía, más amor que en mucha gente. **(Le abraza tiernamente. Un silencio.)** Lo grande no es escribir poesía, sino sentirse poeta, ser poeta ante el mundo, ser poeta porque no se sabe ser más cosas, ser poeta siempre.

IÑAKI.- Tú lo eres.

CERNUDA.- **(Negando con la cabeza.)** Han existido muy pocos poetas. Sólo puedo decirte que descubrir la poesía fue descubrir una nueva forma de respirar, una nueva luz con la que contemplar el mundo. La poesía me lleva al mundo de los ángeles, al mundo celeste, entre nubes y vientos, entre figuras sin sombra, a un sol que brilla en los prados, a un fondo verde que inhala fresco aroma, a un universo de lirios que alegran el alma y que, todos los amaneceres, desprenden gotas en mi almohada para animarme a vivir. Pero también me lleva a un asfixiante barrizal en el que se desenvuelve un sinfín de angustias, de tormentos que me arañan, que suspiran y jadean por mi boca hasta rasgarme la piel y marcarme el rostro. Hacia el aire fresco o hacia el pesado barrizal es la poesía la que me tira del brazo; ella es la que inunda mis venas, la que abre mis párpados y la que mueve mis labios. Y es en mis versos en los que se quebrantan las palabras como se quebranta mi alma. «Así apareció ya el poder mágico que consuela de la vida, y desde entonces así lo veo flotar ante mis ojos...»

(Oscuro.)

ESCENA V

En casa de RAFAEL MARTÍNEZ NADAL, en Londres. Él y ROSA CHACEL. Esperan la llegada de CERNUDA.

RAFAEL.- Se va a alegrar, estoy seguro. ¿Cuánto hace que no os veis?

CHACEL.- ¡Uf! A ver..., ahora hará tres años; la última vez fue en París.

RAFAEL.- ¿No me digas que fue...?

CHACEL.- Justo, esa, esa fue la última vez. Sería mayo del 38, nos citamos en el Hotel que se alojaba, estaba muy nervioso.

RAFAEL.- Más que nervioso, creo que se sentía abrumado, terriblemente abrumado, su único deseo era volver a España, no comprendía la situación, se obcecaba en volver.

CHACEL.- No creo que no comprendiese la situación, era un acto de rebeldía, se negaba a aceptar algo tan ilógico como no poder volver a su propio país, no lo admitía a pesar de nuestras súplicas.

RAFAEL.- Menos mal que entró en razón.

CHACEL.- Dejaba no sólo familia, como todos la hemos dejado, sino también la puerta por la que tanto había luchado para alcanzar. Empezaba a tener un nombre en el ámbito literario.

RAFAEL.- Era una tontería volver, se estaba produciendo un cambio; la situación y las estructuras eran otras, él iba a dejar de ser bien considerado.

CHACEL.- Era el último intento de agarrarse al barco que se iba, de no dejar la estela, y prefirió taparse los ojos... **(Pausa.)** Y, ¿dices que está mal?

RAFAEL.- Le encuentro decaído, sin alicientes. Me ha escrito últimamente con más asiduidad, son cartas tristes, se encuentra solo, muy solo.

CHACEL.- Luis siempre se encontrará solo, porque lo que busca no existe.

RAFAEL.- No sé cuánto va a resistir en Glasgow, dice que le deprime, que no soporta tanta lluvia y siempre un ambiente gris.

CHACEL.- Ay, el sol de su Sevilla, le echará de menos. Pero, ¿qué ha hecho, a qué se ha dedicado desde que llegó a Inglaterra? Tú has tenido más contacto con él, os habéis visto a menudo, os escribís... Cuéntame, porque a mí me tiene un poco olvidada...

RAFAEL.- ¿Quién tiene olvidado a quién?

CHACEL.- Es verdad, nos hemos escrito poco en estos tres años. He pensado en él. Quiero mucho a Luis.

RAFAEL.- Obligado a quedarse en Inglaterra, Richardson le buscó un trabajo en la ayudantía académica en Granleigh School, en Surtrey, y allí estuvo un curso.

CHACEL.- En la ayudantía. ¿Era profesor de apoyo?

RAFAEL.- Sí, profesor de apoyo en clases de español y en clases de literatura.

CHACEL.- Conociéndole, no lo pasaría bien al principio.

RAFAEL.- Ni al principio, ni luego. Y eso, según tengo entendido por las cartas que me escribía, que sus compañeros se portaron bien con él, intentaban ayudarlo y que no se sintiera apartado en la escuela.

CHACEL.- Todos necesitamos una mano solidaria en estos momentos de dispersión.

RAFAEL.- Pero él puede encontrarse más solo que nosotros. Yo tengo mi familia conmigo aquí, en Londres, y tú unos cuantos amigos en París. Pero, ¿él?

CHACEL.- ¿Cuánto tiempo lleva en Glasgow?

RAFAEL.- Dos años; ya te lo contará él más detenidamente, no tardará. Su tren ha debido de llegar hace media hora.

CHACEL.- ¡Qué ganas tengo de verlo! Espero que no tarde ya mucho. Y tú, ¿qué haces ahora, sigues trabajando para la BBC?

RAFAEL.- Sí, ahí estoy. Cada vez con más trabajo.

CHACEL.- ¿Continúas llevando un programa informativo?

RAFAEL.- Cubro la información sobre España, información política y cultural.

CHACEL.- ¿Información en directo?

RAFAEL.- No siempre es posible. La actualidad manda, priman los asuntos prioritarios, y a veces para cubrirlos no se dispone de noticias en vivo.

CHACEL.- Debe ser interesante, y, ¿cuál es tu función concretamente?

RAFAEL.- Soy el coordinador del programa, y en ocasiones entrevistador. Depende del tema que se trate hay un entrevistador u otro. Somos un equipo de cinco personas y cada uno está especializado en distinto campo.

CHACEL.- ¿Cuál llevas tú?

RAFAEL.- Principalmente el cultural, aunque a veces también el político.

CHACEL.- Te será duro tratar situaciones tan tensas como las que está viviendo España.

RAFAEL.- Sí, a veces es muy duro. Cuando entrevisto a algún compatriota recientemente exiliado y me cuenta las penalidades que están pasando, me vienen a la cabeza inmediatamente familiares o amigos. Suelen ser personas, las entrevistadas, que traen el corazón entre las manos, llegan hundidas y se desgarran al relatar su experiencia.

CHACEL.- Debes estar orgulloso al cooperar con la oposición a los franquistas.

RAFAEL.- Esa no es la intención, el objetivo es ser un espejo a distancia del día a día de la gente española, y acercar a todos la horrorosa pesadumbre de la guerra.

CHACEL.- (Rabiosa.) Nunca llegaremos a ser lo suficientemente inteligentes para dejar de actuar por medio de la violencia.

(Suena un timbre.)

RAFAEL.- Debe de ser Luis. **(Va a abrir la puerta.)**

(Se oye fuera de escena.)

RAFAEL.- Sí, sí, está ahí esperando.

(Entran.)

CERNUDA.- Rosa, mi querida Rosa.

(Se abrazan.)

CHACEL.- Me alegro de verte. Pero déjame que te contemple (Se retira, lo observa de arriba a abajo.) Sigues tan elegante como siempre. Tienes muy buen aspecto.

RAFAEL.- Gracias, Rosa. (La vuelve a abrazar.) Tenía ganas de verte, ¿cuánto tiempo hace ya?

CHACEL.- Dos años casi. De eso estábamos hablando (Mira a RAFAEL.)

RAFAEL.- Desde la última ocasión en París.

CERNUDA.- París. (Cara de ensoñación.) Echo de menos sus museos, sus maravillosos bulevares, sus cafés, se respiraba un ambiente artístico. Es otro mundo, es la capital del arte, una ciudad con elegancia, con gusto, una ciudad con clase.

CHACEL.- Lo era. Ahora es una ciudad fantasma, ya no se pasea, miras al vecino con recelo, desconfías de lo que pueda suceder, se va deprisa, nadie se detiene, no se habla, está invadida por el desconcierto.

RAFAEL.- ¿Nuestros amigos se han ido o permanecen allí?

CHACEL.- Apenas queda alguien. No os lo podéis imaginar, no lo reconoceríais.

RAFAEL.- ¡Qué pena! A París le ha llegado también, ¡cuánto va a durar esto!

CHACEL.- Se respira mal, el aire es pesado, denso, ya no se ven palomas en los parques, se han marchado los pájaros y han llegado las metralletas, los tanques.

CERNUDA.- También París. A veces tengo la sensación de que va a llegar el mundo a su fin. Primero en España, luego en Europa, todos nos llenamos del olor a sangre, de nefastos crímenes que no son condenados. ¡Hasta qué grado de locura puede llegar la mente!

RAFAEL.- Hasta un grado en el que empezamos a ser desconocidos incluso para nosotros mismos. Siempre la constancia de alcanzar unos límites y rebasarlos; y rebasarlos supone la aniquilación.

CHACEL.- El daño al prójimo debe de provocar un delicado placer; (**Tono de incomprensión.**) no resolvemos adecuadamente el conflicto entre la obcecada posesión de la razón y la ciega y absurda sinrazón de morir por unos ideales.

CERNUDA.- La guerra es una hipocresía como lo es el ser humano. Enumeran importantes causas e intereses que llevan a la guerra, pero todos parten de un mismo punto, de la dictadura que pretenden imponer unos cuantos, de la asquerosa creencia en el deber y especialmente de la usurpación del libre pensamiento.

CHACEL.- Ahí está uno de los principales originadores de conflictos, el deseo de robar, de usurpar el pensamiento del ajeno.

RAFAEL.- ¿Puede haber mayor libertad que el respeto a la vida? Hipócritas, ¡qué mierda es el ser humano!

(Un breve silencio.)

CERNUDA.- Y, ¿España? Igual, ¿no?

CHACEL.- Igual, puedes hacerte una idea.

CERNUDA.- Muchas veces sueño con mi mar, con el Mediterráneo, con sus largas costas. Tenemos un país precioso, pero sus ideas están enfermas, son ideas decrepitas.

CHACEL.- Es un país de hermoso recipiente, pero podrido contenido.

CERNUDA.- Detesto la España ruda, inculta, sin alicientes, la España que no se para a escucharse, que no busca, ni indaga, la España ignorante.

RAFAEL.- Lo hablamos en Valencia, ¿recuerdas? Estaban unos cuantos amigos, Antonio Machado, Juan Gil-Albert.

CERNUDA.- Don Antonio Machado. **(Recordando.)** Nosotros creíamos en una España trabajadora, culta, tolerante y librepensadora.

CHACEL.- Creíamos en una España enteléquica, ideal y utópica.

CERNUDA.- Posiblemente sí, una España que jamás existirá, una España de ensueño.

CHACEL.- Siempre soñando, nos pasamos casi todo el tiempo soñando.

CERNUDA.- Si no fuese por los sueños, qué imposible me sería la vida.

RAFAEL.- Pero los sueños traen la infelicidad cuando no se distingue sueño de despertar.

CERNUDA.- Por los sueños vivo, Rafael, ya hasta en sueños amo, y así será hasta que sueño y muerte se confundan.

CHACEL.- «A solas, a solas,
camino de la aurora,
bajo las nubes cantan,
blancas, solas, las aguas;
y entre las hojas sueña,
verde y sola, la tierra».

CERNUDA.- Exactamente...

CHACEL.- ¿Escribes mucho ahora?

CERNUDA.- No tanto como me gustaría y como debiera.

RAFAEL.- Siempre se está quejando. Cuando no es por falta de tiempo, es por falta de inspiración.

CERNUDA.- ¡Es verdad! Te agradecería que no te tomaras ciertas cosas a gracia.

RAFAEL.- Perdona si te he molestado, no era mi intención.

CERNUDA.- Ya sabes que eso me preocupa mucho.

CHACEL.- ¿Has dicho falta de tiempo? (**Dirigiéndose a RAFAEL.**) ¿Te ocupan mucho las clases?

CERNUDA.- No es tanto el tiempo como estar pendiente de impartirlas. La rutina me exaspera, me irrita.

RAFAEL.- Pero hay que cumplir unos horarios, si no, sería un caos.

CERNUDA.- Un escritor no.

CHACEL.- Te entiendo, te entiendo perfectamente. Sientes una especie de angustia que te recorre el cuerpo, y se centra en el estómago hasta impedirte pensar en otra cosa. Lo conozco.

CERNUDA.- Es la rutina diaria, la imposición de estar a una hora concreta en un aula. Mi poco interés me hace insufrible la permanencia en la Universidad. Me crispo pensando que en ese tiempo podría estar escribiendo, y lo peor de todo es la dependencia, la absorción mental que me lleva este trabajo.

RAFAEL.- Déjalo, Luis, déjalo y búscate otra cosa.

CERNUDA.- No lo entiendes, Rafael. Mi querido Rafael, no se trata de que busque otra cosa... (**Interrumpido.**)

CHACEL.- Se trata de la libertad y de la dedicación.

CERNUDA.- (**Sonriendo felizmente.**) Rosa, mi buena Rosa, de la libertad y de la dedicación. Un escritor, Rafael, y bien lo sabes, debe dedicarse a escribir, a sentir y a escribir, porque en los momentos de no creación está captando, está asimilando, creando una base sobre la que sustentar su futura escritura. Un escritor debe entregarse en alma y cuerpo.

RAFAEL.- ¿Y si no es posible? Ya conoces mi opinión.

CHACEL.- ¿Se puede saber cuál es?

CERNUDA.- Rafael, cómo lo diría..., tiene los pies en la tierra. Vendría a decir que acepte mi situación o deje de quejarme. ¿No es así?

RAFAEL.- Así es. No puedes agobiarte con problemas de imposible solución, y si la tiene hazlo, solucióvalo.

CHACEL.- Muy práctico, Rafael, muy práctico. (**Irónicamente.**)

CERNUDA.- No siempre la solución es fácil.

RAFAEL.- Yo no digo que sea fácil. Pero no puedes amargarte como lo estás haciendo, eso no lleva a ningún lado.

CHACEL.- ¿Seguro? ¿No lleva a ningún lado? (**Ironía.**)

CERNUDA.- (**Se ríe.**) ¡Cómo eres!

CHACEL.- El dolor, (**Dirigiéndose a RAFAEL.**) la angustia, el sufrimiento son grandes incentivos para poetas.

RAFAEL.- ¿Permanece en tal estado a propósito?

CHACEL.- No. Es una especie de tendencia a la que no se pone trabas.

CERNUDA.- Dicho así parece fingido, sin embargo es algo que no puedo controlar, es tal vez enfermizo.

CHACEL.- Una enfermedad que distingue a los poetas del resto de los humanos.

RAFAEL.- ¿Los demás humanos no sufren? (**Molesto.**)

CHACEL.- Sí, pero no convierten su sufrimiento en poesía.

CERNUDA.- De todas formas, él llevaba razón cuando me decía que necesitaba un lugar para centrarme.

RAFAEL.- Has ido dando tumbos desde que saliste de España, no podías estar en un sitio diferente cada año, eso te desajusta.

CERNUDA.- El contrato por tres años en Glasgow me ha dado cierta tranquilidad, una serenidad que iba buscando. Además mis problemas económicos ya pesaban tanto como yo.

CHACEL.- ¿Cuánto te queda de contrato?

CERNUDA.- Aproximadamente un año.

CHACEL.- ¿Qué harás luego?

CERNUDA.- Posiblemente cambie de sitio. Quiero probar en otra ciudad; Glasgow ya no la soporto.

RAFAEL.- No aguantas mucho tiempo en un mismo sitio. Parece que algo te empujara y te obligara a variar de lugar.

CERNUDA.- No aguanto mucho tiempo en un sitio porque me ahogo, tengo la sensación de que se estrechan las paredes y forman un pasillo oscuro, cada vez más oscuro en el que se me hace costoso respirar, y no puedo, no puedo soportarlo. **(Excitado.)**

CHACEL.- Tranquilo, Luis, tranquilo. Se te han acentuado los síntomas.

CERNUDA.- Será la edad. Aceptar que somos tiempo, me provoca angustia, se apoderan de mí unas ganas de huir, de alzarme, de levantar la cabeza y buscar.

RAFAEL.- ¿Buscar qué? Todos somos tiempo y todos cargamos con ello.

CERNUDA.- Muy bien, Rafael. Muy bien. **(Enfadado.)** A mí qué me importa que todos seamos tiempo, o que la gente busque o no busque, o que se detenga en un lugar para convertirlo en su sitio inamovible, a mí qué me importa. Yo sólo sé que necesito irme.

CHACEL.- ¿Pero buscas algo concreto? O, ¿nunca pararás?

CERNUDA.- ¿Qué puede buscar el ser humano? Amor, busco amor, busco sentir, y busco gente que quiera sentir, que entienda que una caricia o una sonrisa valen más que todas las horas de un día.

CHACEL.- Sigues siendo aquel Luis que se pasaba horas embelesado contemplando los jardines de su Sevilla y que recitaba poesía al viento.

CERNUDA.- Porque el viento se lleva las palabras para viajar, las arrastra al paso de unos oídos que quieran escucharlas.

RAFAEL.- Debes irte, Luis, te sientes pájaro enjaulado.

CERNUDA.- Especialmente bajo ese cielo gris de Glasgow. Es una ciudad de llanto, me huele a tristeza, a entusiasmo contenido. Odio su lluvia. Mi esperanza, mi aliento de luz se desvanece, se desintegra, se esfuma entre su niebla.

RAFAEL.- Ni Londres te inspira sosiego. He intentado que te encontrases lo mejor posible, te he presentado gente de parecidas aficiones, te he abierto mi casa...

CERNUDA.- ¡Calla! No se trata de eso. Te lo agradezco. No me echés en cara lo que has hecho por mí...

RAFAEL.- No he pretendido...

CERNUDA.- Sin ti me hubiera sido muy difícil sobrevivir aquí. Me has dado alojamiento y nunca me has negado un dinero cuando lo he necesitado.

CHACEL.- Londres te ha abierto los brazos.

CERNUDA.- Pensé que Londres sería otro París, que podría volver andar por los bulevares, empaparme del mágico aroma, respirar el aire que lleva sabor a arte. Londres es turbio, es hermético, no viajan los sueños por el cielo, es una ciudad que sacrifica la imaginación.

RAFAEL.- Y sin imaginación sólo hay muerte, ¿no?

CERNUDA.- Yo soy consciente de la muerte cuando soy consciente de que vivo; quiero decir que cuando estoy ocupado en algo que me apasiona, que me obnubila, me abstraigo de la realidad, no veo, no distingo, no percibo más allá. Es maravilloso; entonces, sí que no muero; muero en tiempo, en físico, pero no en alma, y eso es lo que importa, no morir en alma.

RAFAEL.- Todos hemos sentido eso alguna vez. Yo lo he vivido en mi piel, y seguro que Rosa también, pero eso no me hace apartarme de lo que hay, no me hace cerrar los ojos, no querer ver lo que me rodea.

CERNUDA.- Pero si el no cerrar los ojos me hace verlo así. Veo lo que me rodea y lo que veo no me gusta, tú te conformarás, pero yo no. Yo quiero algo más.

CHACEL.- Y ese algo más ¿está en otro lado, fuera de Inglaterra?

CERNUDA.- Rosa, no sé dónde está, ni sé muy bien qué es, no deseo ningún lugar en concreto, lo que sé es que no estoy a gusto aquí. Ya lo sé. (**Los mira.**) Estáis pensando que estoy desquiciado, que me altero sin motivo aparente y que mi postura es infantil, al no saber ni lo que quiero.

CHACEL.- Si eso piensas, no nos conoces. Estoy acostumbrada a tus desequilibrios, hacía tiempo que no los vivía de cerca, pero estoy acostumbrada.

CERNUDA.- Entonces, ¿qué os sorprende?

RAFAEL.- No nos sorprendes, Luis. Intentamos analizar tus motivos, acercarnos a ti, pero no nos sorprendes.

CHACEL.- Lo contrario sí nos sorprendería.

CERNUDA.- ¿Lo contrario?

CHACEL.- Que te mostrases sereno y distante. Pero, ¿algo te quedará de aquí?

CERNUDA.- Su compostura.

CHACEL.- Según eres no podía ser otra cosa.

CERNUDA.- Sobre todo, me atrae su sentido organizativo, su sentido práctico.

RAFAEL.- ¡Su sentido práctico, a ti te atrae su sentido práctico! No te entiendo, tú que eres la cara opuesta a lo práctico.

CERNUDA.- Tal vez sea por eso. Siento admiración por su sentido del deber y la preocupación por que su país funcione. Pero lo que más me enerva es su carácter engreído. Su orgullo y su frialdad me sacan de quicio. Confieso que habrá algo que no pueda olvidar jamás, que seré eternamente deudor, es el haber tenido la posibilidad de acercarme a sus grandes poetas. ¡He aprendido tanto de ellos!

CHACEL.- Es un idioma perfecto para la poesía.

CERNUDA.- Es fuerte pero armonioso, suena como tambores que desprenden un sonido envuelto de cadencia. Es un idioma señorial, de altos vuelos, es maravilloso.

CHACEL.- Rotundo, lleno de energía, aplastante.

RAFAEL.- Por cierto, anoche estuve leyendo a Blake, a ver, ¿dónde está? (**Rebusca entre papeles.**) Aquí está.

CERNUDA.- Déjame, (**Lo hojea con ansiedad.**) le califican algunos de prerromántico, qué tontería, cronológicamente se adelanta al Romanticismo, pero si lo vemos como concepto, como idea pura de romanticismo, Blake lo es totalmente, lleva el sentimiento romántico en la sangre.

CHACEL.- Exactamente, es un ser que acepta el mal como fuerza necesaria, como fuerza dispersadora individual. Y será a través del conocimiento de sí mismo, a través de la imaginación como se libere el hombre de ese mal.

CERNUDA.- Puro romanticismo, y desde entonces el hombre continúa su peregrinar hacia el paraíso perdido. (**Ha estado hojeando, encuentra algo que le gusta.**) Mirad, escuchad, escuchad, (**Lee el libro:**)

*«He who binds himself to a joy
does the winged life destroy;
but he who kisses it as it flies
lives in Eternity's sunrise.»*

CHACEL.- Como diría Nietzsche, «al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad», ¿puede esperarse más de él?, ¿es necesario más?

CERNUDA.- El que besa la alegría, sin caer en el deseo de retenerla, es quien vive en el amanecer de la eternidad. No retener la alegría cuando se posa en nuestras manos, qué difícil, pero es la única forma de que vuelva a posarse, y mientras tanto soñaremos en alcanzarla, en que como pequeña mariposa repose sus alas en nuestro hombro y nos sople palabras de amor al oído.

RAFAEL.- (Incrédulo.) Palabras de amor, que vuela la alegría... Demasiada esperanza, demasiada ilusión...

CERNUDA.- Y si al hombre ni ilusión le queda, ¿qué le queda entonces? El hombre es ilusión, es lucha, inquietud por alcanzar lo que tal vez nunca pueda lograr. Ese es el pecado que debemos pagar, el deseo constante de felicidad, pero que nunca dejará de ser deseo, aunque haya momentos que nos lo parezca. Eso lo aprendí de ellos.

RAFAEL.- ¿De quién?

CERNUDA.- De los grandes poetas ingleses, de Shakespeare, de Blake, (**Mirando y moviendo el libro.**) de Keats, de Yeats... Aprendí que un poeta debe escribir con expresión concisa, pero su verso debe estar lleno de sentimiento.

CHACEL.- «Tus ojos que antes nunca se cansaban de los míos agobiados de pena están, bajo párpados pesados, pues nuestro amor decae»

CERNUDA.- Yeats. William Butler Yeats.

CHACEL.- Sólo sentimiento, sin falsedad, sin grandilocuencia.

CERNUDA.- Sólo sentimiento. (**La abraza.**)

ESCENA VI

Él solo, en casa de CONCHA MÉNDEZ.

CERNUDA.- (Está escribiendo.)

«Bajo el cielo, en la oscura
medianoche del puerto,
viró el navío rumbo al agua.
Reposo y movimiento en uno fueron.
Nada suyo guardaba aquella tierra
donde existiera. Por el aire,
como error, diez años de la vida
vio en un punto borrarse.
Nula oquedad dejaban
en el tiempo, horas que no sonaron.
Y a ciegas le llevó el navío
como al muerto temprano.
Adiós al fin, tierra como tu gente fría,
donde un error me trajo y otro error me lleva.
Gracias por todo y nada. No volveré a pisarte».

No volveré a pisarte, espero no verte más, tierra que me has quitado toda esperanza. Te has quedado con los pocos amigos que me quedaban, te has llevado mis últimos años de juventud, me has traído la vejez y ya sin ganas me he retirado de tu lado.

(Se levanta.) ¿Qué espero?, ahora, ¿hacia dónde debo encaminarme? **(Reflexivo y triste, con pipa.)** Me encuentro desalentado, perdido, no sé dónde se halla mi centro. Miro atrás y nada me queda, sino el buen sabor de algún momento de alegría, y la satisfacción de que alguien lee lo que escribo. Aunque, ¿para qué escribir?, ¿para llenar el vacío del lector?,

¿para desarrollar la imaginación o para comunicar?, ¿para alimentar el espíritu? ¡Pamplinas! En el fondo se escribe para ocupar nuestra existencia, para crear un engaño de meras palabras y levantar un mundo que nos haga soportar mejor este.

Escribo porque me hace olvidar que me estoy muriendo.

Mi vida ha sido una secuencia de errores, un montón de deseos que querían salir de los bolsillos, pero saltaron a un saco inacabable, sin fondo, en el que se han diluido dejándome un sabor amargo de frustración, de cobardía.

Me van desapareciendo las ganas, las ganas de todo, me invade la inercia, y la inercia es muerte, es deriva sin querer agarrar el timón de la vida.

Se respira por inercia, se busca compañía para huir de la soledad, no para comunicar, no para enriquecer, se ama por costumbre. Y yo que he querido luchar por nuevos aires, por nuevos frentes, me encuentro más solo, más perdido. He querido volar, y sin alas no puedo despegar los pies. Los imposibles deben quedar como frases lapidarias, pero no como contenido de una vida, porque la vida se tiene sólo una vez.

(De espaldas, entra CONCHA MÉNDEZ, quien le interrumpe sus meditaciones.)

CONCHA.- ¿Qué hacías, Luis? ¿Ya estás con esas feas costumbres? Eres incorregible.

CERNUDA.- No hay solución, mi querida Concha, no tengo solución.

CONCHA.- No puedes consumir tu vida entre pensamientos y deseos, son trampas. Expúlsalos, arrójalos de ti, no permitas que construyan un camino en el aire, que va desapareciendo según vas llegando.

CERNUDA.- Pero yo no sé vivir de otra manera. Qué más quisiera que saltar, lanzarme a la calle y reír, locamente reír, pisar los charcos, empaparme de sol, y poder gozar aburriéndome. Pero no puedo, Concha, no puedo.

CONCHA.- Es fácil decir no puedo, y no intentarlo.

CERNUDA.- ¡Cómo que no lo intento! No digas eso.

CONCHA.- Sólo debes salir a la calle y respirar. ¿Hay algo más importante que respirar? Por eso sólo deberías estar ya contento.

CERNUDA.- No, no caeré en tu juego, respirar no es dicha, es condición para buscar la dicha; no, Concha, con respirar no basta, hay que buscar más, hay que querer más.

CONCHA.- ¿Y tú qué quieres?

CERNUDA.- Qué sé yo. En el fondo me imagino que buscaré lo que todo el mundo busca, algo parecido a la felicidad.

CONCHA.- ¿Y eso dónde se encuentra? Si quieres retener la felicidad, se te escapará y te quedarás inmerso en la melancolía.

CERNUDA.- Yo no quiero retener la felicidad. Bueno, en verdad, sí quiero, como quieres tú, como queremos todos, y lo demás es mentira. Todos querríamos ser felices eternamente. Comprendo que la felicidad se va sin avisar, como vino también. Quiero algo más que eso, algo más que retener en un puño la dicha, quiero sentirme pleno, lleno de vida, traspasarla por mi boca y mis manos, quiero aspirar a la inmensidad, y sé que eso no se puede retener.

CONCHA.- No mientas, Luis. Te gustaría retener siempre el momento de plenitud, de ahí tu desasosiego, porque nunca te será suficiente.

CERNUDA.- Pretendo que nunca sea suficiente.

CONCHA.- Entonces no te quejes, y saborea la insatisfacción. Admiro las altas metas, pero no los imposibles.

CERNUDA.- Tal vez sea imposible lo que deseo.

CONCHA.- Lo es, y bien lo sabes, pero nada haces por cambiar, aspiras a tocar el cielo, aun sabiendo que no lo conseguirás.

CERNUDA.- Saber que no voy a tocarlo me hace sufrir, pero no me desalienta a saltar más y más porque en el salto hallaré grandes razones para vivir.

CONCHA.- ¿Qué andas buscando, Luis? No sé exactamente qué andas buscando. Son muchos los años que te conozco y no sé realmente lo que en conciencia buscas.

CERNUDA.- Tal vez ni yo sepa lo que busco, tal vez no hace falta saber exactamente lo que se quiere y quizás no quiero nada o quiero todo.

CONCHA.- No me envuelvas, deja de jugar con las palabras.

CERNUDA.- Y qué se puede hacer con las palabras sino jugar. No es mi intención jugar con las palabras, y mucho menos jugar contigo. Mi única intención es sentir, deshacerme, enriquecerme sintiendo, morir si hace falta sintiendo.

CONCHA.- (**Sonrisa alegre, tierna.**) Loco, eres un loco. Morir sintiendo; eres un incorregible poeta. (**Le abraza.**) Te envidio, en el fondo te envidio. Hace tiempo que yo dejé de sentir.

CERNUDA.- Eso es mentira, malos momentos existen para todos, y tú no te has recuperado todavía.

CONCHA.- Tuvo que ser así; es tan extraño cómo puede cambiar una situación, miras atrás y la misma persona te parece diferente, totalmente distinto y no entiendes nada; ¡qué absurdos somos a veces los seres humanos!

CERNUDA.- Muchas veces. Somos absurdos, hasta con nosotros mismos. (**Relajando la situación.**) Somos un asco, vamos, pero no hay otra cosa.

CONCHA.- Llegó un momento en que la convivencia era insoportable, todo lo que habíamos compartido, parecía que nos separaba.

CERNUDA.- Es el riesgo que se corre cuando se empieza.

CONCHA.- Ahora uno por cada lado, sin saber apenas uno del otro; desapareció todo lo que con tanto esmero se creó.

CERNUDA.- Pero si se fue una ilusión puede venir otra.

CONCHA.- ¿Y si no viene?

CERNUDA.- Y si no viene siempre habrás tenido la esperanza de que viniera. Compartisteis muchas cosas, y eso no lo pierdes, os entregasteis, y ahí está lo más bello, la entrega.

CONCHA.- Todavía hay momentos que echo mucho de menos a Manuel; me vienen a la cabeza tantos buenos recuerdos.

CERNUDA.- Y aunque veas ahora que el sol apenas sale, y que los días te parecen monótonos y sin sabor, se te pasará, hasta que un día te alegres al ver la luz de la mañana, será un nuevo día y un nuevo respirar. Pasará el recuerdo a ser un vecino de tu cuerpo, un vecino al que apenas conoces, que sabes que

compartes puerta, con puerta pero te has acostumbrado tanto a él que te parece que no existe. (**Señalando.**) Mira el sol que hace hoy, míralo, es maravilloso; estoy seguro que hoy ha salido para ti, hoy ha pensado en ti.

CONCHA.- (**Se acerca a su lado, le abraza, contemplan el sol.**) Es precioso México. (**Ocurrencia.**) ¿Por qué no te quedas aquí? Podrías vivir conmigo hasta que encontrases algo que te gustara, ¿qué dices?

CERNUDA.- Pero...

CONCHA.- Pero nada. Debes salir de aquel ambiente oscuro.

CERNUDA.- ¿De qué viviría?

CONCHA.- Pues de lo que vives ahora. De clases o conferencias. Seguirías con tus viajes a EE. UU., y aquí podrías encontrar, seguro, alguna plaza en la facultad.

CERNUDA.- México me trae tan buenos recuerdos, un clima tan parecido a España, la misma lengua, me trasporta a mi mundo infantil.

CONCHA.- Por eso debes quedarte; cada vez vienes más a menudo, eso significa que te apetece.

CERNUDA.- Claro que me apetece, aquí te tengo a ti, al menos una amiga, una buena amiga.

CONCHA.- No sólo a mí, Luis.

CERNUDA.- ¿Qué quieres decir?

CONCHA.- Pues lo que te imaginas.

CERNUDA.- ¿Cómo te has enterado?

CONCHA.- No me he enterado, sólo he intuido. Bastaba con mirarte a los ojos, te brillaban, especialmente cuando venías de la playa, ha habido días que traías el sol en tu pecho.

CERNUDA.- Era maravilloso estar en su compañía. Me he sentido tan joven, oler su piel tan fresca, coger sus manos tan suaves.

CONCHA.- ¡Qué bien, Luis! Me encanta verte así; así deberíamos estar los dos; deberíamos abrir las puertas y las ventanas para que entrara más amor, o fuéramos nosotros mismos a buscarlo.

CERNUDA.- A veces lo buscas y no lo hallas; otras, abres las ventanas del corazón y nada llega; es precioso cuando viene sin darte cuenta. Porque el amor viene sin darse cuenta, es como un fantasma que va a nuestro lado sin que lo veamos, hasta que de repente sin saber dónde nos tropezamos de cara con él y ya no somos los mismos.

CONCHA.- A mí me recorre un hormigueo por todo el cuerpo, vibro y me parece todo diferente.

CERNUDA.- Yo me siento parte de la naturaleza, se desborda mi amor como los trozos de polen que arrastra el viento; tengo la sensación de ir por el aire.

CONCHA.- Y, ¿cómo es?

CERNUDA.- De pelo negro y tez morena; cuerpo esbelto... es tan joven. **(Pausa.)** Pero ya todo es diferente, ya no nos vemos, y se ha llevado tanto de mí.

CONCHA.- ¿Por qué?, ¿qué ocurrió?

CERNUDA.- La edad no nos ha permitido continuar. Era mucha la diferencia.

CONCHA.- Pero eso qué importa.

CERNUDA.- Ambos creíamos que no importaba.

CONCHA.- Pero si uno ama, ¿qué hace falta más?

CERNUDA.- Hace falta que todo vaya por el camino adecuado. Cuando se pierde el rumbo, todo es confusión y desorden, deterioro y dolor.

CONCHA.- Luis, Luis.

CERNUDA.- Nos hemos pasado tantas tardes en la playa, tumbados, sin hablar, mirando como iba cayendo la tarde. Él me contaba lo que había hecho durante el día, yo le escuchaba ensimismado; no podían mis ojos apartarse de su cara; cuanto más le contemplaba más le deseaba. Recuerdo aquella tarde como si hubiese sido hoy mismo, recuerdo todos sus gestos, sus palabras; él jugaba con la arena como de costumbre...

(Escena de la playa. Llega CERNUDA. De espaldas en bañador, el joven. Arena.)

CERNUDA.- Hoy has venido antes.

JOVEN.- No podía estar en casa. Deseaba oír el agua, y mojarme los pies.

CERNUDA.- (Le toca.) Estás todavía húmedo, me encanta tocarte cuando te recorre el agua...

(Se retira un poco el joven. Se tumba CERNUDA.)

Ha hecho un día estupendo; mucho calor, no me extraña que desearas bañarte. Todavía está alto el sol.

JOVEN.- Sí, pero ya no calienta.

CERNUDA.- Te he traído la antología que te prometí ayer; aparecen Safo, Anacreonte, Píndaro... Ellos enseñaron al mundo que a través de la poesía se puede llegar a romper las ataduras y alzarse al mundo de los dioses. No perdonaré a Europa que no los haya tenido lo suficientemente en cuenta. Se vuelcan en sus versos, parecen etéreos, capaces de ver algo que otros seres no ven, y todo está a nuestro alrededor, sólo que ellos se paran a contemplarlo y a recogerlo.

JOVEN.- Para ti todos los que son poetas son diferentes. Siempre acabas diciéndome lo mismo. ¿Los demás no tienen la necesidad de liberarse y desear sentir?

CERNUDA.- Sí, sí... perdona, a veces, es verdad, me pongo muy pesado, sólo quería...

JOVEN.- Sí, ya sé lo que querías; pero tu afán me cansa, llega a aburrirme.

CERNUDA.- No seas cruel, yo...

JOVEN.- Calla, ya está bien de tanto yo, y yo, y yo... eres un ególatra, un asqueroso ególatra.

CERNUDA.- No me entiendes, pensé que tú podrías hacerlo, pero ya veo que no. Soy un asqueroso ególatra, ¿eh? Un ególatra que se ha volcado, que te ha dado lo más bello que lleva dentro.

JOVEN.- Lo has hecho porque has querido.

CERNUDA.- Pues claro, porque te quiero, porque deseo mirarte fijamente y pasarme horas así, sin decir más palabras que las que pronuncie mi corazón. Cuando no te tengo delante

te recuerdo y me desgarran la herida del amor y lloro en silencio, lloro por dentro... hasta que de repente se me ilumina la cara, y me dan ganas de brincar, de correr, de decir al viento lo feliz que soy de tenerte aunque no estés a mi lado. Y dices que soy ególatra; sólo lo soy porque busco amor, busco un cuerpo en el que refugiarme, y poder unirme con él como dos partes que se han completado; dime, ¿soy ególatra por eso?

JOVEN.- Déjame, ya no puedo darte más, ni quiero recibir más de ti. Ya no puedo más, me has destruido. No puedo ya.

CERNUDA.- No, tú te has destruido.

JOVEN.- Es tu fuerza, tu desbordante fuerza la que destruye la relación, quieres hasta el aire que respiro.

CERNUDA.- Lo quiero porque es tuyo, como esa arena que tocan tus manos, también desearía cogerla, deseo todo lo que tú rozas.

JOVEN.- Ya no soporto más; (**Se levanta.**) ¡calla ya, por favor! Quiero paz, desahogo, nuevas caras, que la marea borre todas nuestras pisadas, que nada lleve tu huella, que mi boca no recuerde tu aliento y que mi piel se olvide de tus besos. ¡Ya está bien, ya está bien!

CERNUDA.- No volverás a verme. Si eso es lo que quieres, no volverás a verme.

JOVEN.- Sí, eso es lo que quiero, no volver a verte, no saber nada más de ti, olvidarte completamente y que todo me haya parecido un sueño. (**Se va.**)

(**Vuelta a escena con CONCHA.**)

CERNUDA.- No volví a verlo, tal vez él con el tiempo me olvide, es joven.

CONCHA.- Seguro; todos llegamos a olvidar; él lo hará. Y tú, tú también olvidarás.

CERNUDA.- No, Concha, ya es tarde para olvidar, con los años nuestra corteza se va endureciendo, y cada marca sobre ella ya es imborrable.

CONCHA.- Pero se soportan mejor las marcas.

CERNUDA.- ¿Tú crees?

CONCHA.- De algo debe servir la experiencia.

CERNUDA.- Para ir con más miedo y perder la ingenuidad; la edad te va quitando la capacidad de reacción, somos más lentos, más perezosos.

CONCHA.- Pero nos da la sabiduría, el conocimiento, el agradable estado de haber realizado cosas, y de ver a los jóvenes viviendo situaciones que antes nosotros hemos pasado.

CERNUDA.- Eso me da envidia, ver que para todo hay un momento, y que todo momento pasa. ¿Cuántos se nos habrán pasado ya?

(En la misma posición del inicio de la obra. Sentados, la cabeza de CERNUDA sobre el pecho de CONCHA, ella le pasa los brazos por delante.)

CONCHA.- Muchos, sin duda; pero existen más que nos llegarán.

CERNUDA.- Esa es nuestra esperanza, hay que seguir creyendo en ello.

CONCHA.- Claro, hasta el final de nuestra vida todo interesa.

CERNUDA.- Siempre que permanezca el deseo, porque el deseo es lo que nos mueve, sin él somos muertos.

CONCHA.- Eso me lo has enseñado durante toda la vida; pero es difícil asimilarlo.

CERNUDA.- Vale más el deseo que la obtención de la realidad; el deseo es constante, sin embargo la realidad es efímera.

CONCHA.- Pero no se puede vivir en un puro estado de anhelo. Es insufrible.

CERNUDA.- Es un arma de doble filo, sin él no apreciamos lo que nos rodea, debemos desear, querer alcanzar siempre algo más y mejor, pero sabiendo que cuando esto se obtiene comienza el momento de la degeneración y del rechazo, y ya sólo es cuestión de tiempo.

CONCHA.- El constante deseo te ha impedido ser feliz. Hay que saber vivir, como hay que saber ser feliz.

CERNUDA.- Yo no he sabido.

(Pausa.)

CONCHA.- Me alegro de que estés aquí, y hayas decidido quedarte en México.

CERNUDA.- Es un buen lugar para el retiro.

CONCHA.- Te cuidaré. Prometo que te cuidaré.

TELÓN

52